

ROBERTO J. PAYRO
EL CAPITAN VERGARA

LIBRO CUARTO
EL HOMBRE PIENSA Y DIOS DISPENSA

VI
INTERMEDIO BIOGRAFICO

Trágica era la historia del hombre a quien Alvar Núñez tratara desde el primer día con tan grandes consideraciones por expresa recomendación del monarca. Puede leerse en un códice que, al parecer, data del siglo XVII, pero que algunos eruditos consideran simple reconstrucción hecha, no sin cierta habilidad, en nuestros días.

La primera parte de ese curioso relato va en seguida. La segunda y última, obedeciendo al orden cronológico, figurará en el sitio correspondiente. El códice reza así :

HISTORIA DE DON FRANCISCO DE MENDOZA
(Sacada de un códice del siglo XVII)
PRIMERA PARTE

Don Francisco de Mendoza, caballero y gentilhombre del rey Carlos Primero de España y quinto de Alemania, y mayordomo que fué de Su Majestad Maximiliano I, rey de Romanos, abuelo

de aquel invicto soberano, habíase casado años antes del comienzo de esta verídica historia, con una dama principalísima, muy joven y de singular hermosura, llamada doña Inés de Mena. Vivían ambos en Madrid, con toda la grandeza y el fausto que pueden procurar la hacienda crecida, la buena fama, los muchos y encumbrados parientes y amigos y el favor del rey, cuando, para hacer más completa la felicidad de los esposos, doña Inés dió a luz un hijo a quien pusieron por nombre Carlos, en honor del monarca.

Lleváronle a la pila bautismal el padre Luis de Carranza, capellán de don Francisco y confesor de su esposa y doña Mencía de Aguilar, dama de la Serenísimá Emperatriz. Algo dió que hablar el padrinazgo del padre Carranza, pero tal elección se achacó generalmente a la gran piedad de la señora y al amor de don Francisco que no tenía más voluntad que la suya, y las malas lenguas acabaron por guardar silencio.

No tardó la puérpera en abandonar el lecho, más hermosa, si cabe, que antes del alumbramiento, y marido y mujer reanudaron el hilo de su dichosa existencia, frecuentando de nuevo la corte, cosa que ambos hacían como quien cumple un honroso aunque pesado deber, pues el mismo Mendoza gustaba del retiro y la dulce paz doméstica, aunque fuera naturalmente ambicioso, y un si es no es soberbio.

Así vivían, de todos envidiados, cuando cierto

caballero, que demostraba ser grande amigo de don Francisco, hombre maduro ya pero quien la fama de aventuras y triunfos amorosos conservaba cierto falso brillo juvenil, requirió a doña Inés de amores, valiéndose de la franca entrada que en su mansión tenía. La dama no le presto oídos y varias veces le echazó indignada, amenazándole con desenmascararle ante su confiado y traicionado amigo. Don Jaime de Villarroel, que así se llamaba el despechado amante, pidió perdón por su audacia, prometió acallar su amor, ya que nunca podría sofocarle, y siguió como hasta entonces frecuentando la casa de don Francisco de Mendoza, que nunca sospechó de él.

Pero los desdenes de la dama trocaron para don Jaime el amor en celos y la buena voluntad en propósitos de venganza. Solapadamente púsose a observar todos los pasos de doña Inés, convencido de que, tarde o temprano, había de encontrarla en falta, por ciertos indicios en que hasta entonces no había reparado. En el abandono de la intimidad, don Francisco de Mendoza le había dejado adivinar, sin quererlo, que estaba quejoso de la frialdad de su esposa, quien nunca correspondiera a sus apasionados transportes, cumpliendo con cierta displicencia los deberes conyugales. La misma o mayor frialdad habíale demostrado a él también, y hubiese podido creerla natural en ella, a no existir otras

manifestaciones que la mostraban como arrebatada y ardiente, y que no podían escapar a la penetración del experimentado don Jaime. Su rostro pálido, por ejemplo, se coloraba de repente y sin causa visible, como si olas de sangre le subieran del corazón a las mejillas ; su mirada lánguida y distraída, se animaba de pronto con interno fuego y sus rojos labios se humedecían y entreabrían voluptuosamente, mientras se veía palpar su abultado seno, pese al rígido corpiño recamado de oro y aljófara ... Dióse, pues, a cavilar sobre quién sería el mortal dichoso cuya simple imagen la agitaba así, pero en mucho tiempo no acertó a descifrar el enigma, y ya comenzaba a convencerse de que sus sospechas eran infundadas cuando éstas recayeron en quien, por su carácter, debía estar y había estado hasta entonces más libre de ellas ...

Era el abate don Luis de Carranza, un joven y apuesto sacerdote que llevaba la sotana como un romano su toga, y el manteo con el garbo que un caballero su capa de grana. Contábase de él cuando muy mozo, devaneos y duelos y aventuras, harto comunes en gente de estudiantina para que nadie se parase en ello, tanto más cuanto que, recibidas las órdenes mayores y nombrado su capellán por don Francisco, la conducta del sacerdote pareció a todos irrepreensible y santa, pues sólo se le veía en casa o en la iglesia.

Don Jaime creyó notar, sin embargo, en el austero abate, una ternura que no le pareció ni paternal ni evangélica, cuando hablaba con doña Inés o cuando fijaba en ella los ojos ; como le pareció que las manifestaciones de la dama no se inspiraban tampoco en religiosa veneración o en afecto filial. Y como en aquella época no era raro el caso de ver sacerdotes, presa del demonio de la concupiscencia, entregarse a sacrílegos amores, porque Satanás se complace y deleita en tentar y perder a los mejores siervos del Señor, considerándolo su más gloriosa victoria, el amante desdeñado púsose a espiar con la mayor cautela al donoso capellán y a su hermosísima penitente. A poco andar no le cupo ya duda del criminal y amoroso comercio que entre ambos, existía, probablemente desde largo tiempo, favorecido por la fatal circunstancia el que el abate viviese bajo el mismo techo que la esposa de don Francisco, y por la traidora complaciente complicidad de dueñas, criados y doncellas, sobornados por las larguezas de la dos veces, por adúltera y por sacrílega, culpable doña Inés.

Loco de celos y de rabia, pero disimulando su pasión bajo un exterior helado, Villarroel vaciló entre dos extremos : valerse de su secreto para obtener los forzados favores de la dama, o vengarse de ella y de su amante, desbaratando su oculta felicidad. No dudó mucho, empero, pues comprendió que el placer comprado con tan vil

moneda había de saberle a rejalgar y optó por la venganza que los paganos decían el manjar de los dioses. Para gozar de ésta, ya que no podía de la dama, resolvió hacer al agraviado esposo sabedor de su desdicha y su vergüenza, pero no con la cruda y ruda lealtad que cuadra a un caballero, sino con astutas insinuaciones para despertar sus sospechas, y pérfidas punzadas propias para hacerle abrir los ojos.

No quería Mendoza, cobijar en su pecho la más ligera duda que pudiese empañar ni aun leve y pasajera la honestidad de doña Inés ni la austera virtud del sacerdote quien siempre tuvo por varón santo y castísimo y por amigo modelo. Pero la celosía es un ácido que corroe los metales más puros, y don Francisco, víctima de ella al fin, acabó por espiar también a los amantes, con tal sigilo que nunca pudieron advertir las celadas a su amor tendidas por el marido suspicaz.

Día nefasto fué aquel de la catástrofe. En apartado retrete, donde lejos de miradas indiscretas, dama y galán se esparcían a su guisa, ajenos del nublado que se cernía sobre sus cabezas, Mendoza sorprendió al enamorado abate en los brazos de doña Inés, y empuñando el acero con insano pero hartamente justificado furor, lo sepultó repetidas veces en las desnudas carnes de los cómplices, sin oír las súplicas de su mujer que, lejos de ablandarle, arrebatánle al paroxismo de la locura. No paró hasta verles nadando en su propia

sangre, convulsos los rostros más que por el dolor por el espanto, yertos ya, tendidos en el suelo como viles despojos, entre los muebles trastornados y hecho añicos ; y cuando algunos criados, atraídos por los ayes y las imprecaciones tentaron de aplacar a don Francisco, éste, completamente enajenado, volvió contra sus pechos la espada chorreando sangre y continuó la feroz carnicería. Luego, sembrando la muerte a su paso, nuevo ángel de exterminio, recorrió la casa entera, sala por sala, cuadra por cuadra, retrete por retrete, hasta los aposentos de la servidumbre, para matar también al hijo que consideraba fruto de su deshonra ...

Como no lo encontrara, porque la nodriza le había llevado afortunadamente de paseo, volvió a la estancia donde yacían los amantes junto a los cuerpos de los infelices criados, tendió la diestra sobre el de doña Inés, y gritó como quien lanza la más terrible de las maldiciones :

- *Para execrarte siempre, vil perjura, hago voto solemne de no confiar jamás en otra mujer, de ver en todas ellas tu despreciable retrato. ¡ Y sobre tu odiado cadáver juro por la salvación de mi alma mantener este voto hasta la hora de mi muerte ! ...*

Con las manos tintas aún en sangre corrió a palacio y postrándose a los pies del gran Carlos I confesóle el formidable castigo que acababa de imponer a los culpables y a sus cómplices,

pidiéndole ser castigado él también, si merecía pena por haber sido médico de su honra.

Carlos I de España y Quinto de Alemania, que le tenía en gran consideración y muy alta estima, no pudo escucharle, a pesar de ello, sin enojo, y vituperó su saña cruel y su hircana ferocidad ; pero como la honra era entonces, y gracias a Dios es aún ahora, considerada el más precioso de los bienes, y como los celos han sido de todos tiempos una locura que absuelve de cualquier extremo a quienes la padecen, S. M. hizo alzar del suelo a don Francisco, tendiéndole a besar la regia mano y, perdonándole el arrebató y sus trágicas consecuencias, le ordenó que se alejara al punto de la corte para evitar las represalias que, a no dudarlo, tratarían de tomar sobre él los nobles deudos de doña Inés de Mena.

- *¡ No temo venganzas, ni me arrepiento de haber sido mi propio justiciero ! –* dijo Mendoza con tanto acatamiento cuanta entereza – *Pero bien dice V. M., y aunque absuelto y sin penitencia, debo evitar el escándalo y ahorrarme el clamor de la deshonra, que aun lavada en sangre siempre deja un sonrojo en la frente del agraviado. Hoy mismo saldré de la corte, y correré a ocultar mi vergüenza en Andalucía, donde tengo amigos que me acogerán con los brazos abiertos ... Pero no pararé allí, pues no hay lugar bastante remoto y oculto donde pueda evitar el torcedor*

de mis males. Sé que un caballero de mi mismo apellido, aunque no de mi misma casa, don Pedro de Mendoza, ilustre por sus hechos en Italia, apresta una expedición a las Indias : iréme con él, si V. M. se digna otorgarme la gracia de aprobar mis deseos y recomendar a su beneplácito mi humilde persona.

Es de observar que ni entonces ni ahora mismo iban sólo a las Indias los ambiciosos de riqueza y los buscadores de aventuras, sino también, y en gran número, los hidalgos arruinados y menesterosos, los hijos de familia que incurrían en el enojo de sus padres, los que querían ocultar o hacer olvidar graves faltas, los que por causas más o menos confesables tenían que huir de la justicia, y otros que, por los más diversos motivos, preferían apartarse de la sociedad en que antes vivieran. En suma, el nuevo mundo era conquistado y poblado en gran parte por gente que necesitaba rehabilitación moral o material, lo que no impide que en el conjunto hubiera más de una persona sin tacha. Don Francisco, en su infortunio, seguía pues, la general corriente, y S. M. no pudo menos de aprobarlo.

- Tendrás una cédula especial de mi mano, pues nunca habrá quien mejor me sirva – dijo el rey. con aquel acento gutural y aquel arrastrar de las erres que revelaba su origen – Ahora vete en paz y parte sin tardanza, que en Sevilla recibirás mis nuevas, cuando sea el

momento.

Quiso Mendoza, arrojarse a las plantas del monarca, pero no lo permitió éste, que entre adusto y benévolo dióle nuevamente a besar la diestra, con lo que don Francisco se marchó, si no consolado, más tranquilo.

Y horas después, jinete en soberbio potro de Córdoba, cruzaba los arrabales de la coronada villa del oso y del madroño como quien se dirige a Toledo por nuevo camino de Carlos V, cuando la aciaga suerte quiso que de manos a boca topara con don J'aime de Villarroel, muy ajeno todavía a cuanto acababa de ocurrir. Al ver a su cruel amigo dió un solo vuelco la sangre de Mendoza como si tuviese ante los ojos al verdadero culpable de su infortunio y echando súbitamente pie a tierra, le invitó con fiero ademán y descompasadas voces a cruzar los aceros, imitando con esto a Segismundo cuando dice a Rosaura travestida : « *Muerte aquí te daré, porque no sepas que sé que sabes flaquezas mías* » (**Nota** : in ***La Vida es Sueño*** de Calderón de la Barca, « *Jornada primera* », p. 14, 180).

Vano fué que Villarroel tratara de aplacar a Mendoza, a quien tuvo por loco, y que lejos de escucharle embistióle con tremendas estocadas. El otro que no era, ni mucho menos, cobarde, se defendió con denuedo contra aquel furioso que, sin respirar, le acometía multiplicando los tajos, los reveses, los fendientes y las estocadas, con tanta

fuerza y rapidez que a don Jaime le era casi imposible parar los golpes. El combate acabó apenas empezado. Una espantable cuchillada, a la altura de los ojos, dió en tierra con Villarroel sin darle tiempo de decir « *Jesús, váleme* ». Don Francisco, satisfecho, limpió su espada en la hierba, montó a caballo y prosiguió su camino pensando :

- *No sé por qué lo he hecho, pero ¡ el corazón me lo pedía ! Hay servicios que, cuan grandes sean, no pueden agradecerse, pues el traidor no es menester siendo la traición pasada.*

Pernoctó en una venta y se puso nuevamente en viaje, muy de madrugada, atormentado por crueles recuerdos y dolorosas ideas. Aunque considerara que había hecho su deber inmolando a los culpables para lavar su honor, no tenía la conciencia tan tranquila en cuanto a la muerte de los inocentes criados, la intención de matar al niño, que bien podía ser hijo suyo, y el homicidio de don Jaime, por muy leal que el combate hubiera sido. Y como estas dudas amenazaban atormentarle sin tregua si no les hallaba remedio, en llegando a Toledo decidió ir a postrarse ante el Santo Tribunal de la penitencia, seguro de que la absolución y los consuelos de un sacerdote le devolverían la paz del alma. El confesor, que era un anciano venerable e ilustrado, se horrorizó al oír las revelaciones de don Francisco y al saberle bañado en tales torrentes de sangre ; pero su espanto no

tuvo límites al saber que una de las víctimas era un ungido del Señor, un varón que, hubiera o no sucumbido a la humana flaqueza, vestía en suma la sagrada librea de San Pedro.

- *¡ Hijo mío – exclamó – y te digo hijo, que debiera, porque te veo en el camino del arrepentimiento de tu nefando crimen ... No puedo darte la absolución. Podría perdonarte la muerte de tu esposa, de los indefensos criados, de tu amigo, y el desalmado proyecto de quitar la vida a tu propio hijo. Estos son delitos comunes, que caen bajo mi humilde competencia y jurisdicción, pecados que casi podrían considerarse veniales frente al homicidio voluntario y alevé, al verdadero parricidio agravado por el sacrilegio, de haber dado muerte a un sacerdote, revestido de las sagradas órdenes mayores ... No puedo absolverte, no, porque estás excomulgado « latae sententiae », como lo mandan los cánones del Santo Concilio lateranense, en la parte que dice : « Si quis suadente diabolo hujus sacrilegii vicium incurrerit » ... Y como lo establece el sabio Graciano en su « **Decretum** » ... Para verte limpio de tan horrendo pecado, volver gremio de la Santa Madre Iglesia, del que te has arrancado tan diabólicamente, y no arder en los fuegos del infierno por los siglos de los siglos, debes ir a prosternarte como penitente afligido a las*

plantas de Su Santidad el Papa Pablo III, el único que tiene autoridad suficiente para perdonarte, pues los mismos obispos no te podrían dar la absolución, en inminente peligro de muerte. Considérate, pues, en más desgraciada situación que los infieles paganos y los pestíferos judíos, que aun éstos pueden hacerse abrir de par en par las puertas de la Iglesia, y por ende las del cielo, con sólo recibir las aguas del bautismo, mientras que tú tienes que ser juzgado y perdonado por el mismo vicario de Cristo en la tierra, después de peregrinar a Roma con los pies descalzos de toda vanidad y llevando al cuello la cuerda de la contrición y del arrepentimiento. Ahora, ve y haz penitencia, para que Dios nuestro Señor, la Santísima Virgen y los santos te inspiren la contrición necesaria, y te conduzcan de su mano hasta la sede de San Pedro, único sitio de donde parte tu verdadero camino de salvación ...

- *Cruel sentencia – murmuró Mendoza – pero inclinaré la cerviz si Vuestra Paternidad me desvanece una duda ... El sacerdote a quien he dado la muerte era sacrílego antes de serlo yo, y debía de estar excomulgado ... ¿ Cómo, pues ? ...*

El sacerdote interrumpió la blasfemia diciendo :

- *¡ No te toca a tí, miserable pecador, juzgar los*

actos de un ministro del Todopoderoso ! ... Tus ojos carnales pudieron engañarte, lo que te parece palpable prueba puede no haber sido, y no habrá sido, sin duda, sino apariencia, fingida por arte diabólica o por el demonio mismo ... Sea como sea, has cometido el más horrible de los sacrilegios, estás excomulgado y arderás sin remisión y eternamente en el fuego del infierno si la infinita misericordia y bondad del Santo Padre no te lava de tu infamia.

Don Francisco era piadoso, pero no acató con cristiana mansedumbre lo que le parecía monstruosa injusticia, ignorando que un sacerdote, por más abominables crímenes que cometa no pierde nunca su carácter de ungido ; y viéndose fulminado por la excomunión a causa de haber dado muerte a un sacrilego, que a juicio suyo debía considerarse fuera de la ley, sintió cólera y despecho en vez de dolor y contrición. Pero, acostumbrado a acatar los misterios inexcrutables del dogma, acabó por conformarse y pensar en los medios de obtener el perdón del Papa, diciéndose que, mediante algunas influencias, el Santo Padre no se mostraría más inflexible que S. M. el emperador y rey. Desechó la idea de encaminarse a Roma, pues que viaje tan largo le impediría incorporarse a tiempo a la expedición de don Pedro de Mendoza, y resolvió limitarse a pedir por escrito el levantamiento de la excomunión,

valiéndose para obtenerlo del crédito de algunos amigos principales. Urgíale partir adonde su lamentable historia fuese de todos ignorada, y adonde le fuera posible alcanzar un poco de tranquilidad, ya que ni el más apartado rincón de España le brindaría el anhelado sosiego, aunque ningún hombre de honor pudiera vituperarle por haber lavado el propio.

Reanudó, pues, su camino, y ya en Sevilla, supo que la Armada de don Pedro de Mendoza tardaría aún meses en darse a la vela, y que el caudillo aceptaba gustoso sus servicios ; y como nada le restaba que hacer allí, volvió a su primera idea de refugiarse en casa de su amigo don Tristán de Angulo, donde le aguardaba una nueva y no sospechada fase de su destino.

Recibióle don Tristán con ambos brazos abiertos, muy sorprendido de verle, porque todavía no había llegado a sus oídos el rumor de los luctuosos acontecimientos que obligaron a su amigo a abandonar la Corte. Franqueósele Mendoza, y le contó puntualmente, sin perdonar detalle, la amarga historia de sus desdichas y la bárbara tragedia que la remataba. El de Angulo le compadeció cordialmente, trató de consolarle con sensatas palabras y puso a su disposición cuanto poseía, diciéndole que desde ese momento era dueño y señor de su casa, sus bienes y su persona.

Compartía la soledad de don Tristán en las

vastas posesiones donde vivía entregado al rudo ejercicio de la caza una gentilísima doncella, sobrina suya, de quien era único deudo. Esta hermosa joven, huérfana desde la más tierna infancia, habíase criado bajo su tutela en aquellos amenos y solitarios valles del Genil con una libertad desconocida para las personas de su sexo y calidad, vituperable en todo tiempo como que puede engendrar la desenvoltura y degenerar en licencia, aflojando o quebrantando los lazos de la religión y de las buenas costumbres: la libertad es para la mujer, a la vez que vértigo, despeñadero. Doña María de Angulo, que así se llamaba la doncella, era, sin embargo, honestísima y virtuosa, aunque discurriera a su placer por montes y quebradas, ora a pie, ora a caballo, acompañando a don Tristán en sus cacerías, o vagando solitaria en la campiña y en las risueñas riberas del Genil. No tenía más sociedad que la de su tío y tutor, la de viejos soldados retirados y de zafios lugareños que, chicos y grandes, la adoraban y estaban sujetos a todos sus caprichos, cautivados por su sin par belleza y por su carácter, en que se mezclaban por igual la dulzura con la energía. Parecía una imagen de la misma virgen que hubiera abandonado el altar, con sus cabellos negros como la endrina, el óvalo perfecto de su rostro, los ojos rasgados y velados por larguísimas pestañas que los rodeaban de suave y azulada sombra,

mientras ellos mismos brillaban al par de los carbunclos ; los labios rojos como cerezas maduras por el sol andaluz, cubierto el superior por ligerísimo vello que le daba una gracia soberana ; la nariz recta y palpitante, las mejillas trigueñas, sonrosadas con la adorable pelusilla de los albaricoques en sazón ; y con esto, un andar de diosa, un talle de mimbre, brazos hechos a torno, seno turgente, manos marfilinas y pies de almendra. ¿ Qué mortal no hubiera caído de rodillas ante aquel dechado de perfecciones y cómo extrañar que el viejo don Tristán, sus criados y los toscos pastores y destripaterrones de aquellos valles, fuesen los humildes y obedientes esclavos de tan acabada doncella ?

Doña María no tardó en conocer, ella también, la trágica historia de don Francisco, por la indiscreción de don Tristán, quien, más soldado que rodrigón, no tenía secretos para la gentil sobrina y que era de natural poco callado, sobre todo cuando se trataba de algún hecho que pudiera suspender a sus oyentes. Y el vengador de su honra, lejos de convertirse en objeto de horror para la exaltada joven, provocó en ella una inclinación irresistible, mezcla de admiración, de piedad, de miedo y de pasión, en cierto modo semejante a la fascinadora de que es dominada la avecilla cuando salta hacia las abiertas fauces de la serpiente, salvo que don Francisco estaba lejos de parecerse a la ponzoñosa alimaña y que la

avecilla no se enamora del reptil como doña María se enamoró del infortunado mozo.

Y yendo días y viniendo días, como el incendio del amor se propaga siempre doquier encuentra elementos inflamables, y es como peste de cuyo contagio no escapa quien no pone tierra de por medio, la doncella acabó por ser apasionadamente correspondida, no sin que Mendoza sostuviese antes de caer en el tierno lazo, largas y dolorosas luchas consigo mismo.

Vencido ya, pese a sus esfuerzos, y más bien provocado por la joven que obediente a la propia voluntad, confesóle un día su amor, pero añadió con voz temblorosa y ojos empañados por un velo, que ese triste amor era sin esperanza, en razón del inconsiderado y terrible voto que hiciera sobre los cuerpos, tibios aún, de la infiel y de su amante ; y suplicó de hinojos a doña María que si por acaso tenía la dicha de ser correspondido, no se lo confesase para no hacer más grande su infortunio agravándolo con la desesperación de ver la felicidad a su alcance y tener que renunciar a ella.

Obedeció doña María, callando sus sentimientos, pues la honestidad pudo más en ella que el amor y sus extremos, y esforzóse por sofocar la pasión que la devoraba, pero que, precisamente, encontró mayor incentivo en los insuperables obstáculos que las leyes divinas y humanas le oponían.

Don Francisco volvía, con alguna frecuencia a

Sevilla, para averiguar el estado de los preparativos de la expedición y saber a punto fijo la fecha de la partida, y en uno de sus viajes encontró las cédulas de recomendación prometidas por el soberano. Presentólas a don Pedro de Mendoza, a quien Carlos I ordenaba tratase a su protegido con particularísima distinción y especialísimo favor, y el Adelantado le dijo que no hubiera necesitado de tales recomendaciones caballero tan cumplido y soldado tan valiente que se recomendaba por sí sólo, pidiéndole que estuviera listo para el corriente mes de agosto (**Nota** : de 1535), pues contaba partir sin más tardanza, pese a la flaqueza de su salud.

Cuando regresó al solar de don Tristán de Angulo, don Francisco, presa de los más encontrados sentimientos, hallóse con un tristísimo espectáculo. Su viejo amigo yacía en su cámara tendido sin vida en el enlutado lecho, iluminado por luz amarillenta de cuatro blandones, y velado por la afligida doña Maria, un venerable sacerdote, las dueñas que musitaban padrenuestros y los llorosos criados. Un accidente de caza, la caída de su caballo al saltar una cerca, había ocasionado la muerte del noble y generoso don Tristán de Angulo.

Don Francisco pudo presentarse en la iglesia y presidir los funerales, porque en la comarca era ignorada su excomuniación, y como la Armada

estaba a punto de partir no tomó más que el tiempo necesario para despedirse de doña María. Hizo cuanto pudo para sepultar sus sentimientos allá en lo más recóndito de su alma, pero sus ojos no pudieron disimular el interno fuego, aunque sus labios no dijese sino glaciales palabras. Doña María le dió a besar la mano con igual frialdad en apariencia, pero mientras el caballero salía del aposento le acompañó con tan ardiente mirada como si su alma entera fuese tras él y como si su cuerpo mismo hubiera de tardar en seguirla.

No bien se hubo alojado Mendoza, para esperar el embarco, en uno de los mejor frecuentados mesones de Sevilla, a la sazón lleno de gente, y apenas había tomado un poco de reposo, en su cuadra, cuando subió el mesonero a decirle que un lindo y esbelto paje, con más trazas de doncella travestida que de imberbe doncel, pedía su venia, para presentársele, pues le había de comunicar nuevas urgentes y de la mayor importancia. No acertó don Francisco a sospechar quién podría enviarle tal mensajero, ni de que suerte de noticias sería portador, pero su perplejidad no duró mucho, porque el garrido paje, devorado de impaciencia, había subido tras del mesonero sin aguardar la venia solicitada. ¡ Y cual no sería su espanto y regocijo al reconocer en el supuesto mancebo a la hermosa y enamorada doña María, en quien había podido más la inclinación que el recato !

Despidió bruscamente al huésped que, curioso y oliendo misterio se quedaba en la cuadra clavado como un poste, cerró la puerta con llave y cerrojo, y por fin pudo exclamar, en el colmo de la suspensión :

- *¡ Vos aquí, señora ! ¡ Vos aquí y de tal guisa, doña María ! ...*

Imposible describir los primeros transportes de ambos amantes que, rotas las vallas de su irresistible pasión, cayeron uno en brazos del otro con delirante arrebató. Cuando le fué posible hablar, entre besos ardientes y caricias embriagadoras, doña María confesó que había abandonado su casa resuelta a sacrificarlo todo en aras de su amor, y a seguir a don Francisco hasta el cabo del mundo, hasta el mismo infierno, a despecho de todos los obstáculos y aun contra la propia voluntad de quien ya era su dueño y señor.

- *Si no me acogéis estoy perdida – dijo – pues antes de venir a buscaros yo misma he puesto el sello a mi deshonor y hecho pública mi falta, si puedo llamar falta lo que es mi orgullo y mi gloria, dejando un papel escrito con estas palabras : «Nadie me busque. Parto a lueñas tierras con el elegido de mi corazón y, como a nadie sino a Dios debo cuentas, nadie puede pensar en impedírmelo». Si me hubierais rechazado don Francisco, no por eso me hubiéseis ahorrado la vergüenza y el deshonor...*

- *Sabéis sin embargo – dijo Mendoza, un tanto recobrada la sangre fría – que no puedo casarme con vos en razón del voto que me ata. Pero, no sabéis ¡ oh infortunada amiga mía ! que, aun olvidando mi juramento, no podría daros la mano de esposo, porque soy persona vitanda, pesa sobre mi frente el estigma de los réprobos, estoy excomulgado y no encontraría sacerdote para bendecir nuestra unión ...*
- *Dios mismo será el sacerdote que nos bendiga y el padrino que atestigüe nuestros mutuos juramentos. No necesito más – replicó doña María. – Hora llegará en que podamos santificar nuestra unión ; mientras llegue, nuestro amor nos bastará para justificarnos ... Y junto a vos – añadió más quedo – ¡ el mismo infierno no me espanta ! ...*

Tan ardiente y exclusiva pasión llenó de contento y de orgullo a don Francisco de Mendoza quien, estrechándola de nuevo entre sus brazos y cubriéndole el rostro de lágrimas y de besos, juró no separarse nunca de su lado y honrarla siempre como a la más abnegada y noble de las esposas.

Pocos días después embarcábanse ambos en la Armada de las Indias, pronta a zarpar (**Nota** : 24 de agosto de 1535). Pasaban por desposados y el mismo don Pedro de Mendoza ignoraba o fingía ignorar la verdad. Sólo había a bordo unos cuantos que la sospechaban en parte, por haberse

hallado en Madrid a tiempo que ocurrieron los luctuosos acontecimientos, y entre ellos un escribano tan entrometido y enredista como una dueña, llamado Pero Hernández, chisgarabís que contó a cuantos quisieron oírle lo que sabía de la historia de don Francisco ; pero era tal el respeto que infundía este caballero, y tanta la compasión que sus desgracias inspiraban, que nadie dejó de tratar a doña María de Angulo como a su legítima esposa, y nadie se permitió nunca en su presencia la más leve alusión al pasado. Bien es verdad que el carácter del de Mendoza había dado un vuelco que ponía valla infranqueable a toda familiaridad, tornándole de amable y bondadoso en huraño y áspero, de llano y servicial en altanero, reconcentrado e irascible, pronto a montar en cólera con cuantos se le acercaban, excepto doña María, para quien era manso cordero.

La joven había encontrado a bordo algunas personas de su sexo que iban también a las Indias con padres o maridos y, entre ellas, una doña Isabel de Guevara, doncella de veinte años escasos, hija del factor de S. M. don Carlos de Guevara, que poco después (**Nota** : en 1538) había de dejarla huérfana y sola en el nuevo mundo, víctima que fué de la traición de los indios junto con el denodado capitán don Juan de Ayolas. Hiciéronse amigas y sus largos coloquios las ayudaban a sobrellevar las fatigas y la monotonía del interminable viaje.

Recalaron en Canarias, donde la Armada de don Pedro de Mendoza se reforzó con tres navíos, y su gente con tres nuevas compañías mandadas por lucidos hijosdalgo, voluntariamente enganchados ; en seguida, en Río de Janeiro, donde fué tan mala e injustamente ejecutado el joven maestre de campo don Juan de Osorio (**Nota** : capítulo V del ***Viaje al Río de la Plata*** de Ulrich SCHMIDEL), sin que en ello tuviera parte don Francisco, y luego en otros puertos de la costa brasileña, para llegar por fin al Río de la Plata, siete meses después de su partida. (**Nota** : 22 de enero de 1536)

Conocidas son las grandes adversidades que sufrió aquel grupo de arrojados españoles, los trabajos sin cuento, las privaciones, la miseria, el hambre que llegó a segar las vidas con tanta saña cual si fuera la misma peste, y que empujó a los cristianos al horrible extremo de comer carne humana (**Nota** : capítulo IX del ***Viaje al Río de la Plata*** de Ulrich SCHMIDEL) ; las luchas continuas y sangrientas con indios salvajes (**Nota** : capítulo VIII del ***Viaje al Río de la Plata*** de Ulrich SCHMIDEL) y antropófagos, en medio de una naturaleza tan hostil como los habitantes ; el frío, la fiebre, los incendios (**Nota** : capítulo XI del ***Viaje al Río de la Plata*** de Ulrich SCHMIDEL), todas las plagas que hubieran arredrado al héroe más famoso y que, después de diezmarlos, amenazando no dejar uno con vida, acabaron con

la poca salud que restaba a don Pedro de Mendoza, quien, señalado ya por la Parca, emprendió viaje de retorno para ir a morir en medio del Océano. (**Nota** : 23 de junio de 1537)

No fué don Francisco de los que trataron de escapar con él a tantas calamidades, ni doña María trató de inducirlo a ello, aunque fuese una débil mujer. Todo aceptaba el caballero, menos la idea de volver al teatro de su afrenta y su venganza, en aquel funestísimo período tuvo más de una ocasión de mostrar la entereza de su carácter, desempeñando en todas ellas brillante papel, por mucho que se esforzara en pasar inadvertido, más bien a causa de su tormento roedor que de su modestia. Doña María, por su parte, sobrellevó con admirable paciencia tantos reveses –que don Francisco creía en su fuero interno prueba de la cólera de Dios nuestro Señor–, y al par que aconsejaba y consolaba al hidalgo, sirvióla a su vez de gran consuelo, infundiéndole las mayores esperanzas, aunque viniese en tan aciagas horas, el nacimiento del primero de cuatro hijos que tuvo, a quien puso nombre de Diego y que, mozo todavía, llegó a ser gobernador de Santa Cruz (**Nota** : en 1568). Asistióla en el alumbramiento la Maldonada, una de las mujeres que en la Armada había venido y que era experta en achaque de partos, como que sirvió de comadrona a una fiera (**Nota** : *El capitán Vergara*, libro 1, capítulo 3), y doña Isabel de

Guevara la rodeó en seguida de cuidados solícitos, que fueron su salvación en medio de la general miseria de Buenos Aires ; y apenas repuesta y viendo que el niño se criaba robusto y sano, a pesar de las estrecheces del momento, dióse doña María a pensar que el de Mendoza, acabaría por ofrecerle la mano de esposo, y a trabajar pacientemente su ánimo para obtenerlo, ya que la única función honesta de la mujer es el matrimonio.

Tenido en mucho por el Adelantado, gracias a sus propios méritos y a la expresa recomendación de S. M., don Francisco fué también, después de la partida de don Pedro, muy honrado durante el corto y accidentado Gobierno del capitán Francisco Ruiz Galán, a quien acompañó a Corpus Christi como capitán de la caballería, y a quien, junto con todos sus compañeros, prestó juramento condicional de obediencia, bienquisto del avieso veedor don Alonso de Cabrera, que no tenía, sin embargo, paz con nadie, respetado y distinguido por el capitán Domingo Martínez de Irala, y más tarde por el nuevo Adelantado, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Gozaba, pues, de días serenos y felices porque el tiempo fué bálsamo de sus heridas, y su estrella parecía brillar de nuevo con apacibles fulgores, cuando una espantable tragedia en que se vió de manifiesto la justicia y la venganza de Dios nuestro Señor, vino a rematar con la vida los

infortunios del caballero, como verá el que leyere.

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

La segunda parte figura en el **LIBRO SEPTIMO (PORFIA MATA VENADO)**, capítulo IV, también titulado « *Historia de don Francisco de Mendoza* ».

La Vida es Sueño (1635) de Calderón de la Barca :

<http://www.dipualba.es/Publicaciones/LibrosPapel/LibrosRed/Clasicos/Libros/VidaSue.pdf>

LIBROS A LOS CUALES NOS VAMOS A REFERIR MUY REGULARMENTE :

AZARA, Félix de ; ***Descripción e historia del Paraguay y del río de la Plata*** ; 1847 :

<http://www.biblioteca.org.ar/libros/130467.pdf>

Guillaume **CANDELA** ; ***Domingo Martínez de Irala, el protagonista de la historia de la conquista del Paraguay entre 1537 y 1556*** ; Université Paris III - Sorbonne Nouvelle, 75, **PHD Student** +1 ; 2007-2008.

https://www.academia.edu/8980924/Domingo_Martinez_de_Irala_el_protagonista_de_la_historia_de_la_conquista_del_Paraguay_entre_1537_y_1556

<https://univ-paris3.academia.edu/GuillaumeCandela>

Miguel Angel **ELKOROBEREZIBAR** ; ***Domingo de Irala y su entorno en la villa de Bergara*** ; Asunción, Ed. Euskal Etxea Jasone - Casa Vasca Asunción ; 2011, 231 p.

Paul **GROUSSAC** ; (Pedro de) ***Mendoza y (Juan de) Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires 1536-1580*** ;

<http://www.cervantesvirtual.com/obra->

visor/mendoza-y-garay-las-dos-fundaciones-de-buenos-aires-1536-1580/html/

LAFUENTE MACHAIN, Ricardo de ; ***El Gobernador Domingo Martínez De Irala*** (Biografía de Domingo Martínez de Irala y su actuación como Gobernador del Paraguay, considerado el gobernante rioplatense de más clara comprensión e insigne liderazgo que tuvo esta Provincia) ; Asunción, Academia Paraguaya de la Historia ; 2006 (Edición facsimilar de la de 1939), XXXV-571 páginas. **Parcialmente** (capitulos VIII, IX, XI, XVIII, XIX y XXIII) **en** :

http://www.portalguarani.com/1882_ricardo_de_lafuente_machain/17530_el_gobernador_domingo_martinez_de_irala_por_r_de_la_fuente_machain.html

Pedro **LOZANO** (Padre) ; ***Descripción corográfica del terreno, ríos, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco Gualamaba y de los ritos y costumbres de las innumerables naciones bárbaras e infieles que la habitan*** ; Córdoba ; 1733. 18 primeros capitulos (pero, sobre todo, posibilidades con la **mapa**, en) :

http://pueblosoriginarios.com/textos/lozano/descripcion_corografica.html

La consultación del texto era mas fácil con un documento **PDF** y otras personas quieren hacer pagar el documento ...

<http://www.idesetautres.be/upload/PEDRO%2>

[OLOZANO%20DESCRIPCION%20COROGRAFICA%20GRAN%20CHACO%20I-XVIII.pdf](#)

MADERO, Eduardo ; *Historia del puerto de Buenos Aires* ; Buenos Aires; Imprenta de *La Nación* ; 1892, tomo primero, XXI-390 p.

Roberto PABLO **Payró** ; *Historia del Río de La Plata*, Tomo **I** (*Conquista, colonización, emprendimientos. Del descubrimiento hasta la Revolución de mayo*). Obra monumental, que se puede downloadar en PDF :

http://rppayro.files.wordpress.com/2008/10/historia-del-rio-de-la-plata_tomo-i.pdf

En francés :

Guillaume **CANDELA** ; *La Conquête du Paraguay à travers les lettres de Domingo Martínez de Irala (1545-1555)* ; 2008-2009. Contient une chronologie aux pages 118 à 121.

https://www.academia.edu/8981128/La_Conque_te_du_Paraguay_a_travers_les_lettres_de_Domingo_Martinez_de_Irala_1545-1555

<https://univ-paris3.academia.edu/GuillaumeCandela>

Paola **DOMINGO** ; *Naissance d'une société métisse: Aspects socio-économiques du Paraguay de la Conquête à travers les dossiers testamentaires* ; Presses universitaires de la Méditerranée ; 2006 (2014), 547 (625) pages. (« Voix des Suds ») ISBN 9782367810799

<http://books.openedition.org/pulm/523?lang=fr>

ARTICULO AL CUAL VAMOS A REFERIRNOS :

Guillaume **CANDELA** ; « El fuerte de Buenos Aires en 1541: entre despoblación y destrucción » :

<http://fr.slideshare.net/juntarecoleta/guillaume-candela-el-fuerte->

DICCIONARIO DE PERSONAJES.

La parte N°1 del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo 1 del libro 1 de *El capitán Vergara*, « *Gente de arriba y gente de abajo* », e incluye elementos biográficos acerca de :

Francisco **ALVARADO**, Juan de **AYOLAS**, Alonso de **CABRERA**, Felipe de **Cáceres**, Francisco de **Mendoza**, Gonzalo de **Mendoza**, Pedro de **Mendoza**, Francisco **Ruíz Galán**, Juan de **Salazar de Espinosa**, García o Garcí **VENEGAS**

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%201%20CAPITULO%201.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte 2)

La parte N°2 del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo 2 del libro 1 de *El capitán Vergara*, « *Lo que se dijo en la Casa fuerte* », e incluye elementos biográficos acerca de :

doña María de **Angulo**, Carlos de **Guevara**, **Inés (Isabel)** de **Guevara** así como La **Maldonada**.

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%201%20CAPITULO%202.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte 3)

La parte N°3 del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo 3 del libro 1 de *El capitán Vergara*, « *Conversación de soldados* », e incluye elementos biográficos acerca de : Diego de **ABRIEGO**, Capitán (Francisco o **Gonzalo** o Hernando o Pedro)

ALVARADO, Francisco César, Jácome **COLO**, Diego **DELGADO**, Padre Juan Gabriel de **LEZCANO**, Escribano Pero **HERNÁNDEZ** = Garduña, Cacique Zeiche **LEGEMI** (o **LYEMI**), Antón **Martínez**, Juez Juan **Pavón**, Rodrigo de los **Ríos**, Fray Juan de **SALAZAR**, Ulrich **SCHMIDEL**, Alférez Alonso **SUÁREZ de FIGUEROA**, Indio **Suelaba**.

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20CAPITULO%203%20LIBRO%201.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **4**).

La parte N°**4** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **1** del libro 2 de *El capitán Vergara*, « *Dos cumplidos conquistadores* », e incluye elementos biográficos acerca de: **ABACOTE**, Padre **ANDRADA** (Francisco de ? ...), Juez Juan **Pérez**.

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%202%20CAPITULO%201.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **5**).

La parte N°**5** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **2** del libro 2 de *El capitán Vergara*, « *En acción* », e incluye elementos biográficos acerca de: Jerónimo **ROMERO** y Francisco de **VILLALTA**.

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%202%20CAPITULO%202.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **6**).

La parte N°**6** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **3** del libro 2

de *El capitán Vergara*, «*El escribano Garduña*», e incluye elementos biográficos acerca de : Carlos **DUBRIN**, el escribano *Garduña* = Pero **HERNÁNDEZ** (Parte **3**), Luis **Pérez de Cepeda de Ahumada**, Juan **Ponce de León**
<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%202%20CAPITULO%203.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **7**).

La parte N°**7** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **4** del libro 2 de *El capitán Vergara*, «*Un ahijado del capitán Ayolas* », e incluye elementos biográficos acerca de : Francisco de **ALMARAZ**, Juan de **CARBAJAL**, Martín de **Céspedes**, Pedro Sebastián **MADURO** y Juan de **VERA**.

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **8**).

La parte N°**8** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **5** del libro 2 de *El capitán Vergara*, «*La soldadesca se divierte* ». **NO** hemos encontrado elementos biográficos acerca del verdugo o sayón sardo Leonardo **COSSU**.

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%202%20CAPITULO%205.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **9**).

La parte N°**9** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **1** del libro 3 de *El capitán Vergara*, «*Política y religión* », e incluye elementos biográficos acerca de : Galaz de **MEDRANO** y Juan de **ORTEGA**.

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%201.pdf>

[ERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%201.pdf](http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%201.pdf)

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **10**).

No hay nuevos personajes en la parte N°**10** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** que corresponde al capítulo **2** del libro 3 .

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%202.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **11**).

La parte N°**11** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **3** del libro 3 de *El capitán Vergara*, « *Buenos Aires vencida* », e incluye elementos biográficos acerca de :

Antonio López de **AGUIAR**, Hernán **Báez**, Pero **Díaz del VALLE**, Simón **LUIS**, Maese Alonso de **MIGUEL**, Francisco de **PERALTA**, Melchor **Ramírez**, Juan **Rodríguez**, Juan **ROMERO**.

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%203.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **12**).

No hay ningún nuevo personaje en la parte N°**12** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** que figura con el capítulo **4** del libro 3 de *El capitán Vergara*, « *Refuerzos de aguas arriba* ».

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%204.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **13**).

La parte N°**13** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **5** del libro 3 de *El capitán Vergara*, « *La puntilla* », e incluye elementos biográficos acerca de : Bernardo **Centurión** y Juan **GUARAY**.

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%205.pdf>

[ERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%205.pdf](http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%205.pdf)

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **14**).

No hay ningún nuevo personaje en la parte N°**14** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** que figura con el capítulo **6** del libro 3 de *El capitán Vergara*, «*De fuera vendrá ...* » :

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%203%20CAPITULO%206.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **15**).

Encontrarán en la parte N°**15** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** elementos biográficos que hemos encontrado para quienes Roberto J. PAYRO nos presenta o ha mencionado, o sea : Indios **anundas**, Alonso **BUENO**, cacique **Lambaré**, cacique **Magach**, Indios **quiloazas** :

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%204%20CAPITULO%201.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **16**).

Encontrarán en la parte N°**16** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** elementos biográficos que hemos encontrado para quienes Roberto J. PAYRO nos presenta o ha mencionado, o sea : fray Bernardo de **Armenta**, Álvaro Nuñez **Cabeza de Vaca**, capitán Juan **CAMARGO**, Ruy **Díaz Melgarejo** (hermano de Francisco **Ortiz de Vergara**), factor Pedro **DORANTES**, Francisco de **Espínola**, Pedro de **Estopiñán** Cabeza de Vaca, fray Alonso **Lebrón**, Ñuflo o Nufrio de **CHAVES**, Martín de **Orduña**, Francisco **Ortiz de Vergara**, Alonso **Riquelme de Guzmán**, García **Rodríguez de Vergara**.

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%204%20CAPITULO%202.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **17**).

Encontrarán en la parte N°**17** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** elementos biográficos que hemos encontrado para quienes Roberto J. PAYRO nos presenta o ha mencionado, o sea :

Abapayé, Pánfilo de **Narváez** y Pedro de **VERA**

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%204%20CAPITULO%203.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **18**).

Encontrarán en la parte N°**18** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** elementos biográficos que hemos encontrado para quienes Roberto J. PAYRO nos presenta o ha mencionado, o sea :

Pedro de **Esquivel**, Francisco **Gambarrota**, Rodrigo **Gómez**, clérigo Luis de **Miranda**, Francisco **Peralta**, Francisco **Pérez**, Jacques de **Ramua**, Simón **Richarte**, Juan de **Rute**, Juan de **Sotelo**, Francisco **Sepúlveda**.

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%204%20CAPITULO%204.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **19**).

No hay ningún nuevo personaje en la parte N°**19** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** que figura con el capítulo **5** del libro 4 de ***El capitán Vergara***, «*« La resignación del mando »*»

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20LIBRO%204%20CAPITULO%205.pdf>

DICCIONARIO DE PERSONAJES (Parte **20**).

La parte N°**20** del **DICCIONARIO DE LOS PERSONAJES** figura con el capítulo **6** del libro 4

de ***El capitán Vergara***, « *Intermedio biográfico. Historia de don Francisco de Mendoza (primera parte)* ». **NO** hemos encontrado elementos biográficos acerca de los siguientes protagonistas : Inés de Mena, Luis de Carranza, Jaime de Villaroel, Tristán de Angulo.